

Atravesar el fuego (Traducción de María Eugenia Sánchez Díaz de Rivera)

Bellet, Maurice

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/549>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

LÍNEAS IMAGINARIAS

ATRAVESAR EL FUEGO

Maurice Bellet*

Traducción: Ma. Eugenia Sánchez D. R.

Es una verdad conocida en toda la tradición espiritual, que el cristiano no puede instalarse tranquilamente en su fe, como un propietario en su jardín. El cristiano es probado hasta el grado de tener que “atravesar el fuego”, y contrariamente a que eso sea signo de una fe mediocre o de una caridad tibia, puede ser signo de un gran camino.

Sin embargo hay que desconfiar de lo que ya se sabe respecto a los procesos de fe; porque la verdadera prueba no es una prueba prevista o programada. En cierto sentido, nunca se encuentra en los libros. La prueba generalmente toma de sorpresa. De lo contrario, ¿cómo sería una prueba de fe? Se sufriría, sin duda, pero poseyendo el sentido del sufrimiento. La prueba de la que yo hablo es de otro orden, porque le quita al sufriente el piso en el que se apoyaba. Y ciertamente eso ya está dicho en la tradición. San Juan de la Cruz habla de la noche, de ese momento en el que el creyente está con la boca en el polvo y la oración se vuelve impracticable, está arrojado en el silencio como en un agujero profundo.

* Autor de numerosas obras, como *La force de vivre* (Cerf/Desclée de Brouwer, coll. Foi vivante, 1990), *Sur l'autre rive* (Desclée de Brouwer, 1994), *L'extase de la vie* (Desclée de Brouwer, 1995)...

La prueba de fe

Algunos dicen que se trata de una experiencia límite que sólo compete a los místicos, y que el cristiano ordinario navega en aguas apacibles. Sin embargo, parece que actualmente son muchos los que son llevados a esas aguas sombrías y, además, con una especie de incapacidad para reconocer en ello una experiencia espiritual. Doble y amenazador desplazamiento, lo raro se convierte en habitual y lo arduo en infranqueable.

Basta con estar atento, con escuchar, con dejar expresarse a este dolor generalmente discreto, a veces con nostalgia, o con resentimiento, o con ironía, para tomar conciencia de esa realidad. ¿Acaso no recordamos a todos aquellos que hemos visto partir, a veces amigos cercanos, incluso a nuestros maestros? ¿Que les ocurrió? ¿Será que para ellos el paso por el fuego no conoció más que la salida al gran silencio de la Palabra, o a la desaparición del Evangelio? ¿Cómo no escuchar en nosotros ese interrogante?

El desgaste cultural del cristianismo

Propongo una interpretación, que es simplemente una hipótesis. Que cada quien vea en su experiencia qué tanto tiene de verdadera.

La prueba de fe, como la acabo de evocar, está en el punto de encuentro de dos procesos. El primero es la prueba de purificación de la fe que toda tradición espiritual conoce, pero que es siempre nueva para quien se encuentra conducido a ella. La persona tiene que encontrar el camino en su propia experiencia, ya no se trata de aplicar normas o de perfeccionar su saber. El segundo proceso es la crisis cultural del cristianismo, el desgaste, que puede parecer irreparable, de todo lo que efectivamente hace el cristianismo en este mundo y en este tiempo en el que nos encontramos, empezando por un asunto decisivo, el del lenguaje.

Hago una precisión, este desgaste cultural del que no hablaré mucho, es lo que perciben y sienten las personas de las que estoy hablando. Se puede sostener que hay otras personas que no experimentan ese desgaste, y que es perfectamente posible, hoy, vivir la prueba de la fe en el lenguaje de la fe. Pero expresarse de esa manera es permanecer exterior a la experiencia de la que estoy hablando, es decir, exterior a

aquellos que la viven. “Usted no debería estar ahí”, pueden decirle a alguien que está viviendo ese proceso de oscuridad. Creo que eso es una palabra vana. Un ser humano no puede moverse realmente más que cuando comienza a reconocer en dónde está, y la única ayuda útil es la de ayudarle a reconocerse.

Probablemente se piense que le doy demasiada importancia a la cultura, de hecho, al ambiente contemporáneo. Se dice que el hombre espiritual no está sometido a esa cultura, y que en la prueba espiritual debe volverse hacia la tradición en la que vive, la cual le dice: “Relea las Escrituras y a los viejos maestros, consulte, escuche los sabios consejos, y ore”.

¿Por qué, entonces, no se colocan ahí aquellos de los que hablo? ¿Qué es lo que hace que en lugar de asumir ese camino, su *paso por el fuego* los lleva contra un muro, ese extraño muro del vacío en el que se disuelve lo que los hacía creyentes?

La purificación de la ilusión religiosa

La prueba de fe es una purificación. ¿De qué purifica? Fundamentalmente de la misma ilusión religiosa. Tiene por finalidad esencial hacerme pasar de *mi* dios a Dios. Es una puesta a prueba del narcisismo. Es la muerte de ese Dios en espejo que me remitía a la imagen ideal de mí y a la imagen del Otro soñado. O bien se trata de cuestionar los miedos, el oscuro rostro de terror del Maestro implacable. Se desaparece el espejo. Por lo tanto, no es de sorprenderse que en lugar de la imagen de Dios ya no haya nada. Lo mismo ocurre con la imagen de Cristo: toda la psicologización a la que cedemos tan fácilmente, en la que la persona de Cristo se convierte en el apoyo de un “otro” fantasmagórico, un tanto relacionado con nuestros deseos y nuestras represiones; todo ello se deshace. Cristo parece esfumarse en las lejanías y mi amor por él se enfría.

¿Qué es lo que queda? ¿Habría que concentrarse en una especie de núcleo que resistiría a esta limpieza torrencial? Pero, ¿cómo entenderlo? ¿Se trataría de una especie de “cristianismo mínimo”, suficientemente discreto y restringido para ya no temer a nada? Eso sería una perspectiva triste. No se puede desear sino lo contrario, que la purificación sea más intensa, más amplia y más potente.

Pero la ilusión de las ilusiones sería la de creer que la purificación se va logrando gracias a duros esfuerzos y a firmes resoluciones por ser mejor cristiano, o porque uno se siente más fervoroso, o porque se involucra vigorosamente en la piedad. Precisamente lo que el trabajo de purificación pone en tela de juicio es esta pretensión de conducir según nosotros mismos, a nuestro estilo y bajo nuestro control, este desprendimiento grande, profundo e irresistible, en el que se va tomando conciencia de lo que hemos hecho de Dios.

Cuando la fe no tiene un lenguaje disponible

En cierto sentido, toda la cuestión es la de saber a dónde lleva este *paso por el fuego*. Es un antiguo problema, un antiguo drama de la mística. ¿Va a disolver todo lo que hace efectivo y a veces pesado al cristianismo de la Iglesia para desembocar en una experiencia pura y desnuda, desprendida de todo, pero universal? ¿O va a iluminar, como el sol al vitral, toda la obra de la fe, de manera que lo que parecía únicamente obligatorio, ligado a la fe necesaria, aparezca de un lado a otro como el Verbo hecho carne?, ¿como Cristo en Espíritu presente en la realidad de nuestros cuerpos y de nuestras vidas?

Sin embargo, parece que la dificultad aumenta. Para que el vitral se ilumine es necesario que exista aún; para que las palabras de la fe se revitalicen es necesario que se puedan oír. Pero lo que hay aquí de amenazante es que la purificación atraviesa precisamente por la destrucción del texto de la fe y de su medio de comunicarse. Desde el momento en que la fe cristiana busca cómo sobrevivir en el desierto, cómo decirse más allá del silencio; tal parece que no hubiese lenguaje disponible, como si todo lo que se presenta como cristiano se hubiese convertido en inhabitable.

Esta situación es debida a que el lugar de la purificación se inscribe en una cultura, la cultura actual, que hace aparecer obsoleto, impracticable, imposible o destructor, todo lo que hace referencia manifiesta a lo cristiano. La ciencia, la etnología, el psicoanálisis, etc., pueden tener ese efecto, o simplemente la vida, cuando se toma tal y como es, tal y como se presenta para ser vivida, en el aquí y el ahora.

Además, todos aquellos que se adentran en esta cultura contemporánea, que se han tomado en serio el compromiso de inscribir el Evan-

gelio en la realidad humana, los que tienen una gran preocupación por la verdad, cueste lo que cueste, son los que se encuentran más amenazados. Son los que atraviesan verdaderamente el fuego. Otros, más timoratos, o menos exigentes, arriesgan menos.

Es entonces cuando la purificación se encuentra sin ningún apoyo por parte de la fe manifiesta, y es cuando dicha purificación puede confundirse con la desaparición de la fe.

Creyentes que se sienten solos

¡Cuán necesario es entonces encontrar apoyo en la escucha y la palabra fraterna, en la amistad indefectible de aquellos que proclaman el Evangelio! Pero no es siempre el caso. En el medio cristiano ocurre, a veces, que se está dispuesto a permitir el alejamiento a esas personas, e incluso a empujarlas hacia afuera. Otras veces, casi inconscientemente, se da por supuesto que “nosotros somos cristianos”, y se pone en marcha el antiguo lenguaje de grupo, que hace que aquellos que llevan en ellos el fuego purificador se sientan excluidos.

Y por otra parte, los no creyentes, como se les dice, no pueden verdaderamente entenderlos, entonces, los cristianos en medio de la prueba, se sienten muy solos. El fuego es la soledad que quema la paz ordinaria del alma, la confianza en sí mismo, y el sentimiento confortante de habitar un mundo en el que uno es reconocido por lo que es.

Se dice que ese deslizamiento no es inevitable, que uno se puede ocupar de la ciencia, la etnología, el psicoanálisis etc., que uno puede vivir plenamente la vida de hoy y ser completamente cristiano. Entonces, ¿por qué ese abandono, esa ausencia? En los medios cristianos existe la tendencia a no querer oír nada de eso, se acusa o excusa, de manera a veces dura, a veces suave, a quien lo vive.

Para aquellos que experimentan en ellos esa especie de descomposición irresistible del “cristianismo” es una cuestión de verdad. Les parece que creer, creer como han creído, sería mentir, mentirse a sí mismos, *hacer como si...* Les parece que durante mucho tiempo han hecho *como si* de buena fe; que han desempeñado sincera y generosamente el personaje que era el suyo en el teatro de la fe. Pero vino el viento que arrasó con los escenarios, con el vestuario y los dejó desnudos en la plaza pública.

Malestar de una religión muy "occidental"

Algunos dicen que esas personas están fascinadas por la famosa modernidad; que se están dejando engañar por las pretendidas evidencias del mundo contemporáneo; que se quieren sentir adaptadas y a la vanguardia; que se están modernizando. Pero no se dan cuenta de que su gusto moderno está deshecho; que la crisis que está erosionando a la cultura cristiana, ellos la ven, sobre todo, en ese mundo que parece despreciarla. La crisis está por todas partes: en el gran reflujo de las ideologías (entre ellas el derrumbe del marxismo), en la esterilidad filosófica, las disonancias y los equívocos de las "psicologías", en el caos económico, en la impotencia de las ciencias y las técnicas para enfrentar y asumir lo que hace humana a la existencia. La purificación de la fe debe ir hasta desligar a la fe de toda fascinación por el mundo, para que se acerque puramente a la cruz del resucitado. Paradójicamente, el desgaste del mundo presente le reafirma su propia juventud.

Se quisiera suponer que la cultura cristiana, a través de la cual nos hemos acostumbrado a expresar nuestra fe, salga inmune de las desgracias de esta modernidad en la que ha tenido que insertarse; pero es probable que estas desgracias la lleven a la agudización de su propia crisis.

No nos damos cuenta hasta qué punto *nuestra* religión cristiana es la religión de Occidente, hasta qué punto está marcada por aquello que, de hecho, podría adentrarse en una crisis mayor. Todos los rasgos que uno juzga como "tradicionales" pertenecen a ese mundo. El catecismo data de Lutero y Calvino. El estilo marcadamente conceptual de toda la teología "clásica" está influenciado por el mismo racionalismo que cree denunciar. La "moral cristiana", por más que se considere opuesta a las "costumbres de la época", ha tomado con frecuencia un estilo disciplinario inspirado en la insensata ambición de "producir al hombre" que caracteriza a esa época. Quienquiera que trabaje sobre este tema se dará cuenta de cómo la cultura cristiana de los últimos siglos es relativa a lo que ha dominado en esos mismos siglos y que no era especialmente cristiano.

Ocurre, entonces, que esos deslizamientos actuales de terreno acaban por hacer obsoleta a la cultura cristiana, porque trata de problemas que en sí ya no interesan. El ateísmo, lo temporal y lo espiritual, la crítica histórica del cristianismo, la immanencia y la trascendencia, la autoridad

de la revelación... todo eso parece ya no suscitar ninguna pregunta. ¿Será que se desprecian esas cuestiones? Puede ser que no, puede ser que su relevancia sea más decisiva que nunca. Pero no se puede hacer nada con la forma como esos problemas se están planteando.

El primer efecto de *atravesar el fuego* es, por lo tanto, el de jalar duramente al hombre creyente a la condición humana. Todo lo que en su cristianismo lo protegía de la prueba de esa condición, cede. Y la fe deja de referirse a una tradición espiritual en la que se reconocía, se sabía, se discernía. Se abre desde el fondo a algo que no puede controlar.

En la noche del Sábado Santo

A través del fuego

Es la prueba de la noche. Es un extraño fuego nocturno, fuego negro, “sol negro”. Quien camina ahí adentro conoce en sí mismo algo así como el fin del mundo. ¿Se trata de la huella del gran pasaje iniciático, en un mundo que ya perdió el secreto de los caminos primeros? ¿Es la tentación de la tristeza, de la acedia que los antiguos consideraban como lo más peligroso? Porque sí uno cede, ¿cómo regresar? ¿Es un dolor más allá de todo dolor? ¿Un abismo al que puede resbalar el ser humano cuando la palabra se ausenta y cuando los deseos y la voluntad se deshacen contra el extraño muro del vacío? Nuestro lenguaje común habla entonces de patología. Pero no es un asunto localizado, no es una crisis “religiosa” que deja al resto intacto, o más o menos intacto, como por ejemplo cuando uno cambia de opinión o de empleo. Se trata de algo mucho más involucrado con la raíz del ser humano.

¿Hay que sorprenderse? En la medida en la que el Evangelio no es solamente un asunto entre otros, sino algo que compromete el todo del todo, ¿cómo sería posible que la crisis del Evangelio en el hombre no sea una crisis total? Si la Palabra, que da la vida, pasa por el fuego, todo el hombre atraviesa el fuego; si la Palabra se hace noche, todo el ser humano está en tinieblas. No hay posición de repliegue, no hay zona intacta. Lo que significa que es necesario atravesar ese fuego, cueste lo que cueste, porque lo que está en juego es el estar a salvo, es la salvación.

Puede ser que lo que se está viviendo es la esencia misma de la

Cruz de Cristo, es decir, la muerte del hombre, y más aún, la muerte en el ser humano de toda fuente primordial —el nombre del Padre—, que le permitía soportar la misma muerte. En el espacio blanco del Sábado Santo, la ausencia es infinita, el Verbo, en el que se veía el rostro del Padre, está muerto. El ser esta aniquilado.

Ruinas del Templo, shabat del anonadamiento, el nacimiento del hombre está en suspenso. Solamente si la cruz tiene la misma fuerza que la otra vertiente, la vida, podrá ella ser el amor sin medida, y no la cosa piadosa a la que se han aferrado los cristianos.

¡Reutilización del viejo lenguaje! Posible escucha de lo que ya sabemos pero no conocemos del todo. Cada quien lo vive a su medida, por supuesto; y lo que digo no pretende en nada atemorizar o aplastar a nadie (como tampoco las palabras del Evangelio, que sin embargo no dudan en describir el abismo). Cada uno participa de alguna manera, porque se trata de su humanidad, de lo que marca para siempre la diferencia del hombre con respecto a los animales y a las cosas.

Lo que está en juego es la génesis del ser humano

Para quien pasa por el muro de fuego, éste no es un bello lenguaje en el que se pueda complacer. No hay más que anticipación, esperanza, destellos en la noche difíciles de aprehender. Incluso para su conciencia, no hay nada. Puede ser que esté inmerso en el arduo trabajo cuyo fin es la génesis del hombre, pero por el momento no le queda más que vivir sus días grises, uno después de otro.

Y lo que está a su disposición son cosas humanas muy simples y elementales, como el tener el valor de la verdad, de no afirmar más de lo que puede, pero tampoco menos, y de abandonar las posibilidades que no controla. No puede pretender que el Evangelio, por ejemplo, no tiene sentido; pero tampoco puede pretender que encuentra sentido ahí donde todo se ha vuelto opaco. Tiene que mantenerse cerca de la verdad como verdad; y obedecer a la verdad por ella misma. La parte de verdad que cada uno tiene, y la que se le proporciona hoy. O bien, tiene que cuidar de otro, preocuparse de otro, hacerse próximo. Tiene que amar, pero la palabra da miedo porque se ha desgastado. Y si se la quiere revitalizar, ¿acaso no dice demasiado? Se sueña en el mandamiento del amor. Pero puede ser que el amor antes que ser manda-

miento, es don; antes que ser un asunto ético, es una exigencia; antes que una alegría, es la primera y última felicidad. ¿Pero si el amor falta? Puede ser que tengamos que tener la humildad de reconocer en nosotros esa carencia y ese dolor. Entonces adquirirá verdad el mandamiento: porque nuestro deseo se vuelve hacia el amor ausente.

Se tiene que vivir algo humano, tan banal y tan fuerte como vivir día a día, sobre todo cuando llegan momentos duros: la separación o la ruptura, el fracaso, la enfermedad o la muerte. Hay que mantenerse digno. No hay que aplastar a los demás con el peso de nuestras desgracias. No hay que verter sobre la planta el resentimiento y la amargura. Tal vez lo que haya que hacer es atravesar suficientemente bien la infelicidad para que dé fruto.

El Evangelio en conexión directa

Algunos dirán que se trata de cosas simplemente humanas, de virtudes naturales, y que el Evangelio está bastante lejos. Otros, al contrario, dirán que se trata de una recuperación. “Usted quiere hacer cristianos de personas que ya no lo son. Quiere plantar ideas y códigos, en una experiencia que justamente las pone en tela de juicio. Y de paso, hace un juicio indebido de los que viven esa experiencia.”

Creo que lo que intento evocar aquí tiene otro sentido. Pretende que se abra, desde el movimiento de la vida, el lugar primero del Evangelio y de la fe, el cual está del lado de las grandes opciones del ser humano y de su humildad. Creo que Jesús habla en ese tono, y que desvía a sus escuchas, con frecuencia desconcertados, del claustro religioso en el que buscan seguridad, para lanzarlos hacia ese gran viento. “Ustedes pagan el diezmo de la menta, del comino y olvidan lo esencial: la justicia, la misericordia y la buena fe.”

El Evangelio como Evangelio no tiene un lugar propio, inaugura el ser humano antes de que se lleven a cabo nuestras acostumbradas distribuciones y divisiones. Por eso es tan arbitrario excluir a alguien de la fe en Cristo, como de incluir a la fuerza a los que están viviendo la experiencia de la que estoy hablando. Todo lo que se puede decir es que, llegados a esta especie de desnudez, no sólo no están lejos del Evangelio, sino al contrario, puede ser que estén más cercanos de su núcleo esencial.

De esa manera el Evangelio empieza a estar en conexión directa con la realidad, tal como es hoy, en vez de permanecer encerrado en nuestros hábitos, de suerte que estemos condenados a traducir su traducción en vez de implantarlo vitalmente.

Al acecho de una Palabra que abre el camino

Si queda algo parecido al Evangelio, posiblemente sea de una simplificación extrema. Y eso puede ser desconcertante. Puede parecer un empobrecimiento de todo el contenido, la doctrina, las costumbres y los ritos que pertenecen a la cultura cristiana.

¿Se trata de descubrir el núcleo, entendido éste como lo poco que queda cuando todo lo demás ha desaparecido? No. Lo muy simple de lo que estoy hablando no se presenta con esa rigidez, ni con esa claridad que se le atribuye al núcleo. Al contrario, puede ser que lo muy simple aparezca balbuciente, parcial, momentáneo; como la palabra naciente en nosotros, aquí y ahora; como la escucha de una palabra que no controlamos en absoluto. En vez de reducir la Palabra a lo que decimos, hay que permanecer a la escucha, dispuestos a que se haga en nosotros el camino que ya no fabricamos nosotros mismos. Puede ser que esta relación sea esencial, en la que perdemos a la vez nuestra subjetividad individual, cerrada en sí misma y en lo que “ella cree”; y el orden objetivo siempre acabado, inmóvil, verdadero, disponible y a la mano.

El lugar de la fe no es ya la subjetividad ni la objetividad, que son cómplices, es la relación en sí misma, la fe como fe. He aquí porque esta pobreza y desapropiación radicales son al mismo tiempo movimiento, búsqueda, riqueza y crecimiento.

Entonces ¿qué? ¿Destruyo la libertad del sujeto alienándolo al Otro? ¿O es que lo que hago es disolver la cerrazón de la doctrina llevándolo todo a la experiencia? No, eso es precisamente juzgar la prueba de la que hablo en nombre de lo que ella pretende dejar (la facilidad y el acomodo); de modo que los defensores del “sujeto” lo alienen en su subjetivismo, mientras que los “defensores de la verdad” la reduzcan a lo que ya saben de antemano.

La lenta paciencia de las gestaciones

En todo caso, ¿qué es la vida?, ¿qué es el pensamiento? ¿Cómo comportarse y en qué creer? Evocar lo simple no es de ninguna manera hacer de la fe una idea, o un sentido, o un sentimiento. La fe es carne, es decir, que se hace vida en todo el ser humano. Por eso algunos grandes intentos han fracasado, porque han pecado de idealismo, incluso cuando exaltaban el trabajo, el cuerpo o el deseo. Han querido un cristianismo que pudiese evadir toda la obra de la Iglesia, borrar toda cultura cristiana, sin remplazarlas en toda su amplitud. Finalmente todo acababa borrándose.

Pero entonces, ¿qué hay que hacer? ¿Adherirse a las cosas cristianas como son? ¿Retomar el lenguaje común y habitual? ¿Regresar a las prácticas? ¿Regresar al ambiente cristiano? Si algunos lo hacen, ¿quién podrá juzgarlos? Pero otros no lo harán. Después de lo que han vivido y atravesado, no regresarán hacia atrás. La muerte de la “cultura cristiana” es ya un hecho en ellos. Y lo que han aprendido, a veces dolorosamente, es que reanimar ese cadáver no significa en absoluto el anuncio de la Resurrección.

Entonces, si no pueden ni una cosa ni la otra, ni abandonar el cristianismo, ni seguir en el cristianismo tal y como se vive hoy día, ¿qué pueden hacer? Para empezar tienen que aprender la paciencia, la gran paciencia, hasta tener que aceptar, incluso, que en su vida mortal ellos no verán ese estilo de pensamiento, de práctica, de poética, y de comunidad, que desean tan profundamente. Hay que confesar que esta paciencia ha faltado de forma terrible entre los cristianos y que todavía falta. Se quiere una solución inmediata. Pero para muchas cosas graves y decisivas, aún estamos al nivel de no saber ni siquiera, con rigor, cómo hacer la pregunta.

Permanece pues, la distancia entre lo que la fe desea vivir y lo que los creyentes pueden llevar a cabo. Esta situación puede llegar hasta lo insoluble, y lo insoluble puede persistir en muchos ámbitos. Las cosas pueden llegar hasta el caos: desorden, mezcla de ruinas, de dispersión, de intentos fallidos, de recaídas, ahí en donde tanto se quisiera la paz y el orden.

¿Hay alguna otra salida que la inventiva? Pero la creatividad no se ordena, y menos aquí. Esta gestación, este alumbramiento, no se hace

por decreto, y tampoco basta con obedecer. Además, la invención supera absolutamente lo que un individuo puede pretender. Esa nueva creación no es justa ni se realiza enteramente, más que cuando logra retomar en su plenitud todo lo que la cultura cristiana asumía, y que había logrado abarcar en otra época.

Todo lo que he dicho pretende ofrecer un poco de claridad a aquellos que se encuentran en esta situación. No tengo ninguna autoridad para prescribir nada, ningún saber extraordinario que me permita emitir un juicio. Me atrevo, sin embargo, a aconsejar vigilancia. Debido a lo que significa como prueba de la crucifixión, uno puede estar tentado de reprimir esta experiencia, en la que la fe está como quemada a fuego por una exigencia implacable de verdad, sin que uno pueda controlar lo que surgirá. Se puede reprimir en sí mismo, rechazarla en otros, o hacerse sordo a todo lo que puede emerger de esa situación. Se puede hacer, incluso, en nombre de la fe, para mantenerla, defenderla, confortarla entre los débiles, proclamarla alto y fuerte, etc. Pero la tirantez de esta fe tan segura de sí misma, su intolerancia, su dureza hacia los que viven la prueba de fuego, darán mucho que pensar sobre el miedo secreto que la habita. Me parece constatar en muchos ámbitos, una seguridad de ese estilo, y me temo que ese tipo de fe nos prepara un duro despertar. Entre tanto, se practica con brío la injusticia hacia aquellos que se debería ayudar, porque la fe sin obras es una fe muerta.

La lenta paciencia de las gestaciones

En todo caso, ¿qué es la vida?, ¿qué es el pensamiento? ¿Cómo comportarse y en qué creer? Evocar lo simple no es de ninguna manera hacer de la fe una idea, o un sentido, o un sentimiento. La fe es carne, es decir, que se hace vida en todo el ser humano. Por eso algunos grandes intentos han fracasado, porque han pecado de idealismo, incluso cuando exaltaban el trabajo, el cuerpo o el deseo. Han querido un cristianismo que pudiese evadir toda la obra de la Iglesia, borrar toda cultura cristiana, sin remplazarlas en toda su amplitud. Finalmente todo acababa borrándose.

Pero entonces, ¿qué hay que hacer? ¿Adherirse a las cosas cristianas como son? ¿Retomar el lenguaje común y habitual? ¿Regresar a las prácticas? ¿Regresar al ambiente cristiano? Si algunos lo hacen, ¿quién podrá juzgarlos? Pero otros no lo harán. Después de lo que han vivido y atravesado, no regresarán hacia atrás. La muerte de la “cultura cristiana” es ya un hecho en ellos. Y lo que han aprendido, a veces dolorosamente, es que reanimar ese cadáver no significa en absoluto el anuncio de la Resurrección.

Entonces, si no pueden ni una cosa ni la otra, ni abandonar el cristianismo, ni seguir en el cristianismo tal y como se vive hoy día, ¿qué pueden hacer? Para empezar tienen que aprender la paciencia, la gran paciencia, hasta tener que aceptar, incluso, que en su vida mortal ellos no verán ese estilo de pensamiento, de práctica, de poética, y de comunidad, que desean tan profundamente. Hay que confesar que esta paciencia ha faltado de forma terrible entre los cristianos y que todavía falta. Se quiere una solución inmediata. Pero para muchas cosas graves y decisivas, aún estamos al nivel de no saber ni siquiera, con rigor, cómo hacer la pregunta.

Permanece pues, la distancia entre lo que la fe desea vivir y lo que los creyentes pueden llevar a cabo. Esta situación puede llegar hasta lo insoluble, y lo insoluble puede persistir en muchos ámbitos. Las cosas pueden llegar hasta el caos: desorden, mezcla de ruinas, de dispersión, de intentos fallidos, de recaídas, ahí en donde tanto se quisiera la paz y el orden.

¿Hay alguna otra salida que la inventiva? Pero la creatividad no se ordena, y menos aquí. Esta gestación, este alumbramiento, no se hace

por decreto, y tampoco basta con obedecer. Además, la invención supera absolutamente lo que un individuo puede pretender. Esa nueva creación no es justa ni se realiza enteramente, más que cuando logra retomar en su plenitud todo lo que la cultura cristiana asumió, y que había logrado abarcar en otra época.

Todo lo que he dicho pretende ofrecer un poco de claridad a aquellos que se encuentran en esta situación. No tengo ninguna autoridad para prescribir nada, ningún saber extraordinario que me permita emitir un juicio. Me atrevo, sin embargo, a aconsejar vigilancia. Debido a lo que significa como prueba de la crucifixión, uno puede estar tentado de reprimir esta experiencia, en la que la fe está como quemada a fuego por una exigencia implacable de verdad, sin que uno pueda controlar lo que surgirá. Se puede reprimir en sí mismo, rechazarla en otros, o hacerse sordo a todo lo que puede emerger de esa situación. Se puede hacer, incluso, en nombre de la fe, para mantenerla, defenderla, confortarla entre los débiles, proclamarla alto y fuerte, etc. Pero la tirantez de esta fe tan segura de sí misma, su intolerancia, su dureza hacia los que viven la prueba de fuego, darán mucho que pensar sobre el miedo secreto que la habita. Me parece constatar en muchos ámbitos, una seguridad de ese estilo, y me temo que ese tipo de fe nos prepara un duro despertar. Entre tanto, se practica con brío la injusticia hacia aquellos que se debería ayudar, porque la fe sin obras es una fe muerta.